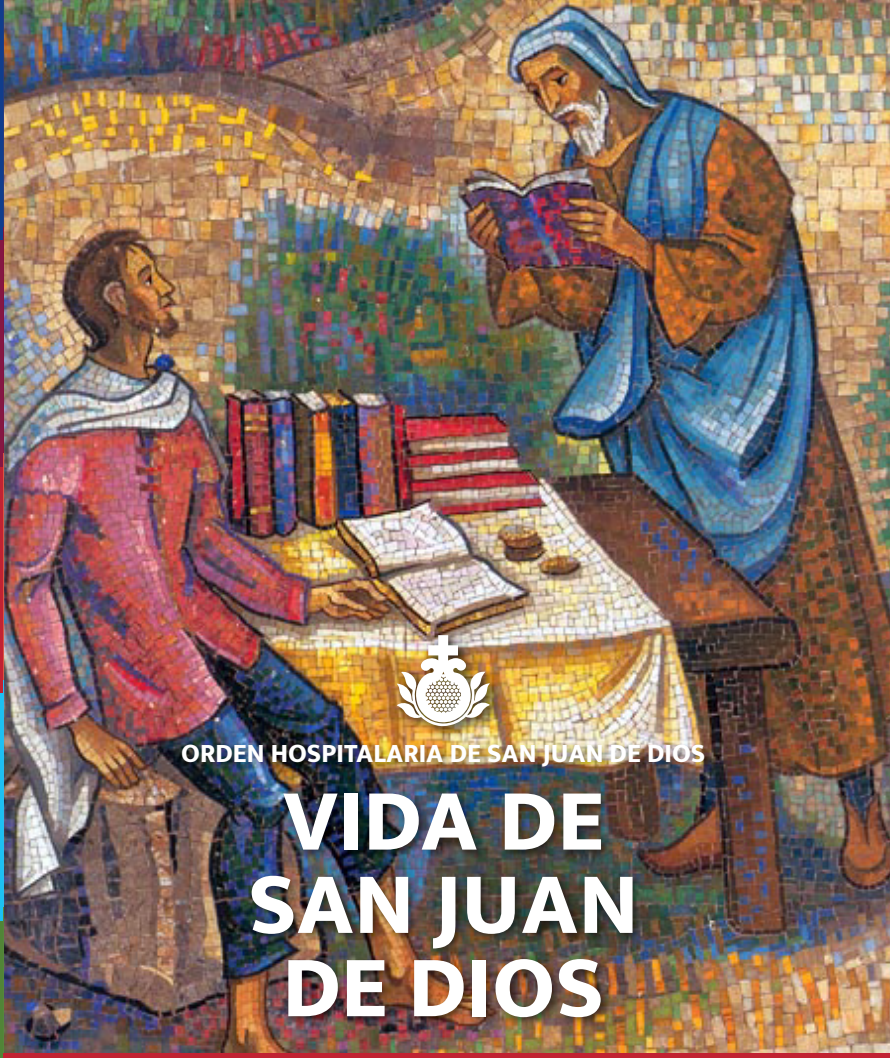


ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS

VIDA DE SAN JUAN DE DIOS

Pastoral Vocacional

Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios

ORDEN HOSPITALARIA DE
San Juan de Dios
PROVINCIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

ORDEN HOSPITALARIA DE
San Juan de Dios
PROVINCIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Vida de San Juan de Dios

Autor-Editor
©Orden Hospitalaria de San Juan de Dios-Provincia de América Latina y El Caribe
Av. Nicolás Arriola Nº 3250, San Luis | Lima | Perú
Telef. +51 (01) 319 1400
comunicaciones@sanjuandedios.pe
Lima-Perú

Primera edición, noviembre 2021
Tiraje: 200 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N 2017-XXXXX
ISBN: 978-612-XXX-XXX-X

Introducción

El 8 de marzo celebramos la fiesta de San Juan de Dios. Este día, en el año 1550, Juan de Dios fallecía en la ciudad de Granada. Era la consecuencia de una enfermedad, probablemente una neumonía, junto a una vida desgastada por su entrega sin medida. Andaba recogiendo leña para su Hospital, cuando un joven cayó al río Genil. Era invierno. Juan se lanzó al agua para ayudarle. Este acontecimiento casi al final de su vida refleja cuál era su propósito principal en este mundo: ayudar al prójimo sin ponerse límites, sin demasiados cálculos, movido por una fuerza que le empujaba a estar al servicio de los demás. En esta ocasión, la enfermedad se sumó al deterioro de una vida de entrega, sin pausas ni descansos. No tenía demasiados años. Se cree que alrededor de cincuenta y cinco. Pocos, pero los suficientes para haber instaurado y ofrecido al mundo una manera de vivir. Su muerte no acalló ni puso fin a su historia. La Hospitalidad, que él, con dificultad y mucho entusiasmo había instaurado, se convertiría en su seña de identidad, que se ha ido transmitiendo de generación en generación a lo largo de la historia y se ha propagado por los cinco continentes.

Han pasado muchos siglos y Juan de Dios sigue siendo esa persona viva, atrayente y necesaria para seguir desarrollando y creciendo en la Hospitalidad. El “maestro”, el hombre “que supo amar” (como lo describe uno de sus biógrafos), el luchador incansable, cuya vida es un ejemplo claro de lo que supone el servicio a los enfermos, a las personas necesitadas. Juan de Dios, como los grandes personajes, es difícil de describir. Juan de Dios es mucho más que palabras. Fue y sigue siendo un hombre cuya vida dejó una profunda huella, que aún hoy sigue atrayendo, y que, cuanto más se ahonda en ella, más se aprende, más se conoce y se ama.

Una vida que atrae e invita a hacer el bien. Muchas personas, hermanos y colaboradores de su obra han ido transmitiendo sus valores de unos a otros, “contagiando” y promoviendo el valor de la Hospitalidad. En definitiva, una vida que se prolonga.

Los orígenes

Para saber algo de cómo empezó su historia, debemos trasladarnos a finales del s. XV. Se cree que fue en 1495 cuando nació quien después sería San Juan de Dios.

En realidad su nombre natal era Joao Cidade (traducido y popularizado después como Juan Ciudad). Sabemos poco de sus primeros años de vida. La tradición, y así lo recogen algunos de sus biógrafos, lo ha situado siempre nacido en Montemor-O-Novo (diócesis de Évora), un pequeño pueblo de Portugal. Relatan que ya de muy pequeño, quizá a los ocho años, se trasladó a España. Desconocemos muchos detalles sobre su trayectoria en esta primera etapa de su vida. Lo que sí podemos es contextualizarlo en una época marcada por las aventuras, los descubrimientos…, algo que influyó claramente en su formación como persona. Toda su vida estará caracterizada por la itinerancia y la búsqueda. Nunca será una persona conformista ni que se acomode en aquellos ámbitos que podrían ser para él espacios tranquilos o de seguridad. Juan de Dios es el constante buscador, el hombre inquieto, hoy diríamos “una persona de mirada amplia”, con visión y capacidad para ir más allá, y también con la tenacidad necesaria para perseguir y hacer realidad sus intuiciones.

Sus primeros años, por las referencias que tenemos de él y por los textos de sus biógrafos, vienen marcados por este constante peregrinar. Establecido ya en España, trabajó primero de pastor en Torralba de Oropesa, al servicio de un mayoral, Francisco Cid, en el señorío del conde de Oropesa. Una etapa larga, quizá de casi veinte años —se calcula que estuvo allí de los 8 a los 28 años—, probablemente los años de mayor estabilidad de su vida, donde forjaría las bases de su personalidad. Francisco Cid fue, en este sentido, su padre y su tutor, y como tal, una de las personas influyentes en lo que sería su vida futura.

Un recorrido en su juventud

Es la época de los reclutamientos para participar en contiendas bélicas. Algo muy propio de aquellos tiempos. Seguramente era una de las pocas oportunidades que tenían los jóvenes para poder viajar y conocer otras tierras. Juan se alistó en un par de ocasiones como soldado en las tropas del conde de Oropesa, al servicio del emperador Carlos V. Dejó atrás la vida del campo, de pastor, y se abrió a una nueva experiencia que sin duda también hizo mella en su interior. Vivió, en carne propia y ajena, la realidad del dolor, el sufrimiento y la amenaza de la muerte. Supo lo que era pasarlo mal, sufrir y ver sufrir. Conoció muy de cerca la cara opuesta a lo que sería después su vida, fue testigo de la violencia, la lucha, las armas... A nadie se le escapa que en las guerras se viven situaciones límite. Experiencias de tensión y sufrimiento que probablemente desarrollaron una sensibilidad especial en la persona de Juan de Dios.

Participó en la batalla de Fuenterrabía y en Pavía, en la defensa de Viena. Cuentan que no fue muy exitosa su vida de soldado. Se tiene noticia de dos momentos delicados: uno en Fuenterrabía, a causa de la caída de una yegua que le estampó contra una piedra y le dejó gravemente herido, y el otro, cuando tras el robo de un botín que él custodiaba, fue condenado y salvado en última instancia. En todo caso, nos encontramos ante un hombre de trasiego, que conoce y recorre mundo, en una época en que las comunicaciones nada tenían que ver con las actuales. Y eso suponía tiempo, pero también le brindaba la oportunidad de conocer. En medio de este ajetreo, por dos veces, se ve cercano a la muerte.

No se sabe si a causa de esta sacudida o porque el paso de los años nos hace anhelar nuestros orígenes, Juan de Dios realiza una visita a su tierra natal. Probablemente con el deseo de contactar de nuevo con los suyos y revivir sus primeros años de vida. Es en este viaje cuando se entera de que su madre había fallecido hacía años, al poco de su partida, y que su padre había entrado en un convento de franciscanos. Juan, seguramente, quiere volver a pisar su tierra natal, recrear lo que pudiera tener almacenado en su memoria sobre su infancia. Lamentablemente fue un encuentro vacío. Había pasado demasiado tiempo y apenas quedaba rastro de su núcleo familiar más próximo. Desconocemos si por esta realidad, o si bien ya lo llevaba en mente pero, una vez más, Juan no se detiene y sigue recorriendo geografía.

Hace una segunda estancia en Oropesa, no sabemos con qué intención, si es para retomar de manera estable su vida anterior o simplemente para resituarse en la vida. Seguramente en esta ocasión sedimentó lo que había vivido hasta entonces, debió de valorar qué hacer y dónde ir, y prosiguió camino. Hay que seguir buscando, caminando. De pastor en una hacienda de Sevilla, irá a Gibraltar, y de allí a Ceuta, donde trabajó en la construcción de las murallas

para poder ayudar a una familia portuguesa. Regresa a Gibraltar y allí inicia su etapa de vendedor de libros.

Más tarde, se muda a Granada. Es en esta ciudad donde acontecen los hechos más notorios de su vida. Una ciudad ajetreada, mercantil, con gente de paso, un referente de los siglos XV y XVI. Juan de Dios hace una pausa en su camino, que supondrá el paso previo a su cambio radical de vida. Durante un tiempo ejerce de librero. Primero como vendedor ambulante y luego en un pequeño puesto situado en Puerta Elvira. Un oficio que conlleva estar con la gente, intercambiar, ver y conocer. Un contacto directo con las personas de la calle. Mantenía ya en este tiempo una actividad caritativa, de cercanía y de ayuda a las personas, que era la expresión de su vida cristiana de fe y de oración.

El cambio en su vida

Era el 20 de enero de 1539, fiesta de San Sebastián. El padre Juan de Ávila predicaba en la Ermita de los Mártires. Juan de Dios acudió allí a misa. La homilía fue el detonante que le desbordó el corazón. El contenido era la misericordia de Dios, la denuncia de la injusta distribución de las riquezas, la necesidad de atender a todas las personas sin distinción… Un choque emocional profundo que lo conmueve. El gran contraste entre el amor que Dios tiene para con todas las personas y la poca correspondencia de amor entre nosotros. Una confrontación espiritual que supone para él una auténtica crisis y un revulsivo interior. Ya no puede seguir haciendo lo mismo, ya no tiene

sentido seguir dando vueltas, ni vender libros. Algo en él se remueve. Un testigo de la época describe este momento:

"… Predicaba entonces en esta ciudad un santo clérigo que se llamaba el maestro Ávila, predicador apostólico y de muy santa vida; en la ciudad decían que este santo maestro lo había convertido, y este testigo lo vio en la iglesia Mayor de la ciudad rodeado de mucha gente y dando voces pidiendo misericordia a Dios y dándose muy grandes golpes en los pechos; decían que se había estado en la iglesia tres días sin comer ni beber, y unos decían que estaba loco y otros que no era sino un santo y que aquello era obra de Dios."

El episodio de la conversión de Juan de Dios es uno de los momentos importantes de su biografía. Sobre ello se han escrito diversos estudios y hay varias interpretaciones. En este repaso fugaz de su vida, lo recogemos como un hecho que sirve de enlace entre dos etapas de su existencia. Es en este momento cuando hace un giro drástico y se inicia en lo que después será su obra de Hospitalidad. Este cambio lo expresa también su cambio de nombre. De Juan Ciudad, su nombre de pila, pasará a ser Juan de Dios. Pero habrá de transcurrir un tiempo para que se visualice que efectivamente todo lo que está aconteciendo en su vida es expresión de su vida espiritual, de su fe y de la acción del Espíritu de Dios en él. Fue bastante después de este acontecimiento cuando el obispo de Tuy, Miguel Muñoz, que estaba de paso en Granada y que había sido mayordomo del Hospital Real, conocedor de toda la obra, le sugiere el cambio de nombre, de Juan Ciudad a Juan de Dios.

En plena crisis de conversión, tomado por loco, fue ingresado en el Hospital Real de Granada, donde vio y soportó los tratamientos de la época. Quien tenga ocasión de ver la película **El hombre que supo amar** , inspirada en la vida de Juan de Dios, podrá acercarse de manera muy gráfica al contexto de aquella época. Las condiciones

de dureza y maltrato eran tales, que Juan de Dios expresa el deseo que marcará el resto de su vida: "Jesucristo me traiga tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger a los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo". Esta realidad explica, entre otros motivos, la sensibilidad que siempre ha existido y sigue existiendo en la Orden para atender a las personas con problemas de salud mental.

El propio padre Juan de Ávila siguió de cerca este proceso de cambio y conversión de Juan de Dios. Fue la persona que le ayudó a discernir, analizar e interpretar lo que le pasaba y a orientar sus vivencias religiosas. Un fragmento de las cartas de Juan de Dios revela muy bien su espiritualidad: "Si consideraseis lo grande que es la misericordia de Dios, nunca dejaríais de hacer el bien mientras pudieseis", y ésta fue la máxima que no sólo dejó por escrito, sino que sobre todo vivió, Juan de Dios.

Un hombre para los demás

La entrega, el servicio, el volcarse para atender a los demás, será a partir de ahora la constante más clara de su vida. Tras su estancia en el Hospital Real, tuvo la oportunidad de mantener un encuentro con San Juan de Ávila, quien le escuchó y le ayudó a clarificar su futuro. Su inquietud le impulsaba a dedicarse a la atención de las personas enfermas. Primero viajó al monasterio de Guadalupe, un lugar de peregrinación para rezar a la Virgen, pero que se convirtió también en una oportunidad de aprendizaje. En Guadalupe, había una co-

munidad de monjes jerónimos que atendían un hospital muy famoso en aquel tiempo. Un lugar donde se promovía el conocimiento, el estudio, la atención correcta. Juan de Dios se empapó bien de todo ello. Sería la base que muy pronto guiaría su manera de atender a los enfermos. De regreso a Granada, asumió los prejuicios que sobre él la gente pudiera tener; al fin y al cabo, le habían visto como fuera de sí por las calles y se sabía que había estado ingresado en el Hospital Real, catalogado de loco. Aun así, no quiso renunciar al impulso de su voz interior. Llevar a cabo lo que, con ayuda de San Juan de Ávila, intuyó que Dios le pedía: ponerse y dedicarse al servicio de los enfermos y menesterosos.

Por distintos contactos consiguió que la familia Venegas, que tenía un palacete en la ciudad de Granada, le dejara el zaguán para poder acoger allí a las personas que encontraba por la calle sin ningún tipo de atención. Con lo que le proporcionaban y él pedía, les daba de comer. Poco a poco, el espacio y las condiciones fueron insuficientes, y parece también que a la familia Venegas le incomodaba que cada vez fuera más numeroso el grupo de menesterosos que acudían allí. Le urgieron a que buscara otro lugar.

Juan de Dios, una vez orientada su itinerancia interior, empieza ahora otra “peregrinación” en busca de espacios, ya no para él, sino para poder acoger y atender a las personas que recogía por la calle o a quienes se dirigían a él solicitando ayuda. Esta situación dio origen a lo que se ha venido considerando su primer Hospital. Un pequeño local en la calle Lucena. Y también propició que personas como la familia Venegas y el capellán del Hospital Real, conociendo las intenciones de Juan de Dios, le ayudaran económicamente.

Juan sabe que ayudando a los demás uno se ayuda también a sí mismo, y cuando sale a pedir por las calles de Granada no cesa de repetir su popular máxima: “Hermanos, haceos bien a vosotros mis-

mos dando limosnas a los pobres". La tradición ha hecho que aún hoy en Italia a los Hermanos de San Juan de Dios se les conozca popularmente como los **fatebenefratelli**. Era una acertada expresión para afirmar lo que tantas personas viven cuando comparten sus experiencias de entrega, servicio y ayuda a los demás.

Una nueva manera de vivir

Juan de Dios inaugura así una manera de vivir, y no lo hace redactándola por escrito. Es sencillamente la manifestación de su vida, el resultado de este combinado de fe, servicio, entrega y empeño en cumplir lo que él descubrió como voluntad de Dios en su vida.

Juan de Dios es un hombre activo. Su tiempo, puesto al servicio de los demás, le cunde de tal manera que le permite seguir con su vida de oración, que jamás descuida, atender a las personas que acoge y salir a la calle a pedir limosna. Tenía la firme convicción de que en todo ello Dios estaba allí. Él se fió del todo. No le faltaban, ni le faltarían en el futuro, dificultades, aprietos, sinsabores, desengaños, alguna que otra calumnia, pero también tenía la firme convicción de que, para quien hace el bien, todo es gracia. Que Dios no le dejaría solo en la aventura a la que el Espíritu le había conducido. Y que servir a los demás prevalecía sobre las dificultades, ya que daba el sentido profundo a la vida.

Poco a poco se iba conociendo su obra, su manera de atender a las personas, la atención que él promovía y cómo acogía y tenía cuidado

de todos. Empiezan a aparecer personas que de manera voluntaria acuden a su centro a echarle una mano. Su estilo despierta admiración y adhesión. Así nace la "familia" de San Juan de Dios. Personas que, atraídas por su obra, empiezan a entregarle su tiempo, y otras, sus conocimientos. Juan de Dios reúne a su alrededor enfermeros, médicos, ayudantes, donantes y bienhechores, que hacen posible, cada cual según sus posibilidades, que muchas personas puedan ser atendidas.

Cuentan que llamaba la atención cómo Juan de Dios organizó el centro. Cuidaba todos los detalles, los aspectos de la acogida, el cuidado, la limpieza. Ya en sus primeros inicios, y con los recursos que iba consiguiendo, puso todo su empeño para hacer el bien de la mejor manera posible.

Una obra que crece

Cada vez son más quienes acuden a la casa de Juan de Dios, pero él es la persona sin límites. Atiende a todos ellos, pero también a los que se encuentra en las calles y los caminos. Como da mucho, cada vez recibe más, y esto hace que cada vez sean más quienes le ayudan a atender a los enfermos y contribuyen para poder disponer de lo necesario. Es el círculo de la generosidad, de la entrega y del contagio de hacer el bien. Algo que sin duda ennoblece a quienes lo practican y satisface las necesidades de quienes precisan ayuda. La obra que había iniciado ya no podía parar, y el mismo Juan de Dios cuenta en una de sus cartas que cada vez son más las per-

sonas que acuden a él con todo tipo de necesidades, y que también debe dedicarse y dar limosna a personas de la calle, ya que la necesidad del otro siempre conmueve su corazón. “Cuando no los puedo socorrer quedo muy triste”, dice textualmente. Si hace falta se endeuda y mueve cielo y tierra para poder disponer de los recursos más básicos, y muchas veces da, por los caminos que recorre, su propia ropa. No siempre lo que recibe y la limosna que recoge llega a su Hospital. Son tantas las necesidades que encuentra a su paso, que ya en el camino reparte y socorre a quien puede y lo necesita. Algunos se lo recriminan, pero él lo tiene claro: “Dar aquí o dar allá, todo es ganancia”.

Juan de Dios es el puro reflejo del buen samaritano. Por eso, el día de su festividad se lee este relato bíblico. Juan de Dios no da rodeos ni pasa de largo, no se excusa ni deriva, no prioriza sus ocupaciones y quehaceres. Él se para, se centra en la realidad de las personas que encuentra a su paso, les atiende, se implica y se compromete con ellas, y cuando es necesario las carga a sus espaldas y se las lleva a su casa. Todo está claramente en función de la persona necesitada, lo que tiene y lo que recibe, su tiempo y su dedicación, su interés y su afecto.

Queda ya muy atrás el recuerdo de la locura sin sentido, y cada vez se evidencia más que lo que hace Juan de Dios es una locura de amor. Rompe los parámetros de las mediciones y los cálculos, de las lógicas humanas de la razón y se deja guiar por la fuerza de la fe y del amor. Es desmedido y no calcula ni hace demasiadas previsiones. Su interés no está centrado en sí mismo ni en sus cosas, claramente vive y se desvive por los demás.

En los momentos de mayor apuro, Dios siempre encuentra el modo de hacerse presente para no dejar que nada, hecho en bien y para el bien, se derrumbe. Es en esta etapa cuando tiene lugar el cambio

de nombre, de Juan Ciudad a Juan de Dios. No hay lugar a la duda, algo así sólo puede ser obra de Dios.

Este modo de proceder le originó la necesidad de buscar un espacio más grande para continuar su obra. Un lugar donde poder atender a más gente y de mejor manera. Cinco personas se habían juntado a él para llevar su mismo estilo de vida. Serían los primeros Hermanos de Juan de Dios, sus primeros compañeros. Inicialmente Antón Martín y Pedro Velasco, y poco después, Simón de Ávila, Doménico Piola y Juan García. Los cinco, atraídos por su obra, deciden dedicarse en cuerpo y alma, y ya para siempre, a practicar lo que veían hacer a Juan de Dios. Su propuesta de vida no fue expresada en ningún escrito ni en ningún discurso, ni siquiera mediante una invitación a seguir sus pasos. Era su manera de vivir lo que atraía y despertaba el deseo de vivir y servir, como él hacía.

Es entonces cuando se presenta la oportunidad del traslado a la cuesta de los Gomérez. Un edificio amplio, con espacios exteriores, que había sido el convento de una comunidad de monjas franciscanas terciarias. Era la ocasión para poder diseñar una mejor distribución y organización de su "Hospital", incorporar criterios de salubridad para la atención de los enfermos, diferenciar espacios en función de la gravedad de los casos y las patologías, cosas que hoy nos parecen tan comunes, pero en aquel momento, en el siglo XVI, era novedoso. De ahí que algún biógrafo haya calificado a Juan de Dios como el fundador del hospital moderno. Sea como fuere, lo que sí es evidente es que su voluntad de hacer el bien y de vivir centrado en las necesidades de las personas enfermas le lleva a desarrollar su creatividad de una forma innovadora que supone un paso adelante en la atención de los enfermos. De alguna manera se estaba cumpliendo el deseo premonitorio que tuvo durante su estancia como paciente en el Hospital Real: "Jesucristo me traiga tiempo y me de gracia para que yo tenga un hospital donde pueda

recoger a los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo".

Ciertamente, su deseo se iba cumpliendo. Una de las cosas que siempre ha suscitado admiración es ver cómo ya desde los inicios hay un claro interés en cuidar de la acogida y atención de aquellos que lo necesitaban. Al aumentar el número de personas que se acogían y se vinculaban a su obra, era necesario organizar los trabajos, distribuirlos y tener establecidas las maneras de actuar. Esto explica los interesantes manuales de atención que se recogen en los primeros escritos y Constituciones de la Orden, donde se describen con minuciosidad todos los detalles que garantizaban la correcta atención de la persona, tanto en los aspectos físicos como en los espirituales. Probablemente de esta sensibilidad y voluntad de "hacer el bien, bien hecho", surge el valor de la profesionalidad y la responsabilidad, que siempre han acompañado al valor central de la Hospitalidad que identifica a la Orden de San Juan de Dios.

Un continuo buscar

El incesante crecimiento de su obra obligaba lógicamente a buscar más recursos para poder atender a tantas personas. La popularidad y la fama de la buena atención prestada por la casa de Juan de Dios hacían que fueran muchos quienes acudían a pedir o a ser atendidos. Y en la casa de Juan de Dios, como casa de Hospitalidad, no se rechazaba a nadie. Llegó un momento en que, al parecer, a él mismo le entró un cierto vértigo al contemplar la obra que había iniciado.

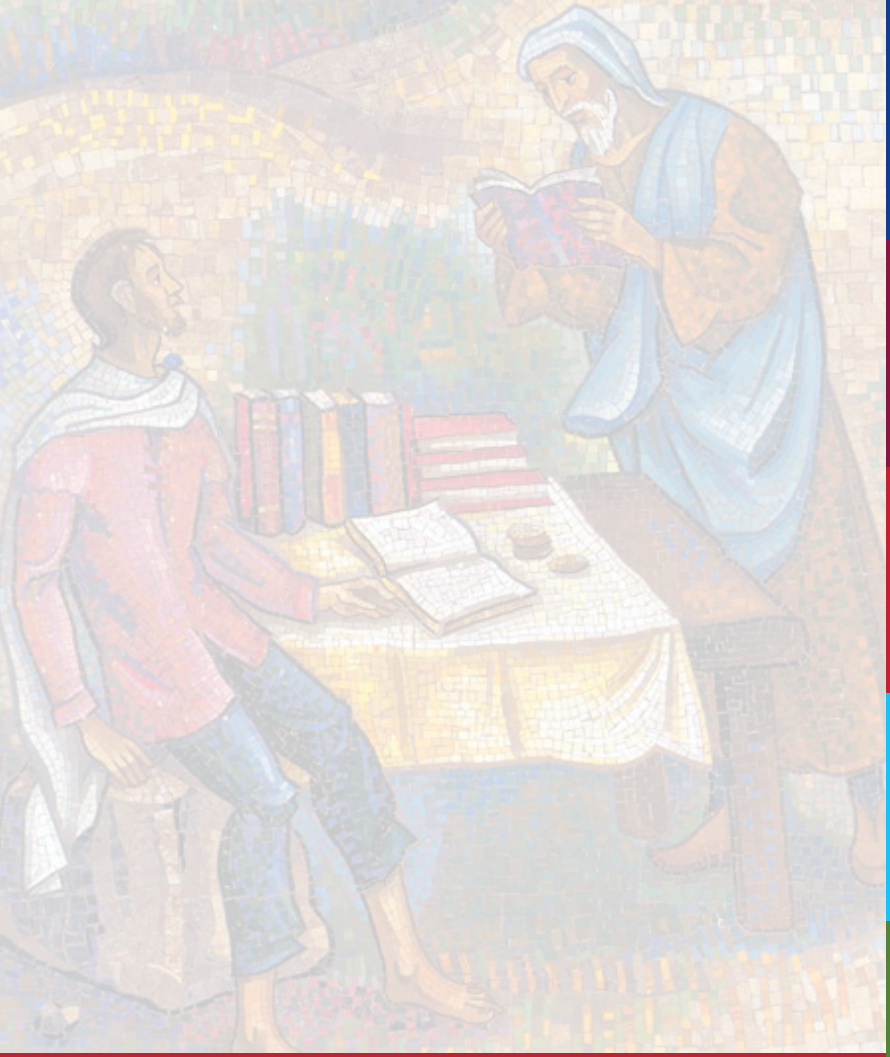
Pastoral Vocacional

Residencial Palos Verdes, 8 l Avenida SE, 37 calle 504 San Pedro Sula, Honduras

504 - 32807857 504 - 25120870

wsanchezcaballero@gmail.com

www.ohsanjuandedios.org



ORDEN HOSPITALARIA DE
San Juan de Dios
PROVINCIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Pastoral Vocacional
Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios